

An aerial photograph of a forest. A light-colored dirt road curves from the bottom left towards the top right. The trees are mostly green, but some have turned yellow and orange, suggesting autumn. The lighting is dramatic, with strong shadows.

VERDADES ENTERRADAS

HJORTH & ROSENFELDT

MICHAEL HJORTH & HANS ROSENFELDT

VERDADES ENTERRADAS (Serie Bergman 7)

Traducción de Pontus Sánchez

¿Cuánto tiempo hacía que se había ido de allí?

Años. Varios años. Pero ¿cuántos? Menos de diez, seguramente. Era irrelevante. Bien podrían ser muchos más, y deberían serlos, y más largos, pensó al ver la silueta familiar de la ciudad que se extendía al otro lado del cristal del autocar.

¿Qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto?

Sinceramente.

Habían pasado diez años, así que... ¿para qué? ¿Por qué le importaba? En verdad, le daba igual. No tenía el menor interés en saber qué le había pasado a ninguna de las veintinueve personas con las que se había visto obligada a compartir tres años de su vida. Qué hacían ahora, si tenían familia o no, en qué trabajaban, dónde vivían.

Eso le importaba una mierda. Todas ellas le importaban una mierda.

Y también dudaba mucho que ella fuera a importarle nada a ninguna de ellas. Nunca había significado nada para nadie. ¿Acaso se acordaban de ella? Quizá algunos sí. Deberían hacerlo. ¿O acaso la gente se olvidaba de las personas de las que había abusado? ¿Solo existían mientras se

las podía atormentar, y desaparecían en cuanto dejaban de ser vulnerables? A lo mejor, las nuevas víctimas sustituían a las viejas, en todos los aspectos.

¿Qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto? No es que volviera con un sentimiento de triunfo. No era una revancha exitosa. No albergaba ninguna esperanza de que fueran a juntarse a su alrededor ni verla con mejores ojos porque se hubiese vuelto famosa o le hubieran ido bien las cosas. No estaba en posición de enseñarles nada. El patito feo no se había convertido en ningún cisne. El patito feo solo se había hecho mayor, se había curtido.

Así que ¿qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto?

Quizá quería mostrar que seguía viva, que se atrevía, que no habían logrado destrozarla. Pero ¿era así? Quién sabía si su vida habría sido distinta si aquellos años hubiesen sido diferentes... Mejores. Soportables.

Sin los Tres, que decidían que ella no era siquiera digna de despertarles irritación. Que la trataban como si fuera aire. Como si no fuera nada.

Sin el séquito silencioso, tan inseguros todos, tan temerosos de acabar en el lugar que ocupaba ella, los que lo hacían posible.

Sin Macke y Philip.

No, allí no iría. Ahora no. Todavía no. Se los quitó de la cabeza: los pensamientos, los nombres, aquella noche. Pero iban a estar allí, se dijo a sí misma. Se encontraría con ellos. Esta noche. En la fiesta, o como se le pudiera llamar a aquello. Reencuentro no, desde luego. Para poderte reencontrar hace falta sentir algún tipo de pertenencia. Ellos iban a estar allí.

A lo mejor esa era la razón por la que iba allí, el auténtico motivo por el que volvía.

El sueño.

Recurrente.

La primera vez lo tuvo la noche siguiente de recibir la invitación. Luego, después de haber dicho que sí, se repetía más a menudo. El sueño en el que se hacía justicia. En el que se plantaba. Por fin. En el que les daba su merecido. A veces tan real, tan vívido, que se despertaba con una sensación de triunfo, la cual se esfumaba en cuanto se levantaba y volvía a la realidad, como no podía ser de otra manera.

El autocar pasó junto a los carteles que señalaban que se estaban adentrando en Karlshamn, que había vuelto a la ciudad que había dejado atrás. Que había abandonado. De la que había huido. El nudo en el estómago que ella había creído que era arrepentimiento y angustia debía de ser otra cosa, se dijo. Determinación. Expectación. Un odio lentamente resucitado que llevaba mucho tiempo reprimiendo, pero al que ahora pensaba darle permiso para crecer.

Por eso había vuelto.

Eso era lo que pensaba hacer.

Devolvérsela.

Calle Kungsgatan.

Angelica Carlsson ni siquiera trató de reprimir la sonrisa de satisfacción al girar para adentrarse en ella. En Karlshamn había casas más grandes y más lujosas, pisos más bonitos, direcciones con más renombre. Pero en apenas cuatro meses prácticamente se había mudado a un piso amplio de dos habitaciones en la calle Kungsgatan. No estaba nada mal, a pesar de todo.

Ciento doce días después de conocer a Nils.

Ciento trece desde que se había puesto en contacto con él en una de las numerosas aplicaciones de citas en las que estaba registrada y que visitaba con regularidad. Diecisiete años mayor que él. Parecía buena persona, divorciado, una hija que ya se había ido de casa, su perfil era perfecto, justo el tipo de hombre que ella estaba buscando, aunque tampoco podía estar segura del todo. No fue hasta la quinta cita, o quizá la sexta, cuando entendió que había dado en la diana. Con la mirada caída, había puesto una mano encima de la de él con cierta timidez y le había preguntado si no le apetecería que se vieran más a menudo, que a ella le gustaría mucho que... fueran algo más, o sea, algo estable. Él se había reído un poco cortado, y seguro que habría abierto

los brazos si no fuera porque ella le estaba reteniendo una mano.

—¿Para qué quieres a alguien como yo?

Ella no dejó que la burbujeante alegría se le reflejara en ningún momento en la cara, sino que se limitó a mirarlo seriamente, le dijo que no fuera tonto, que por qué se infravaloraba, si se veía a la legua que era un hombre fantástico. Por eso quería pasar más tiempo con él. Aquella noche habían paseado tomados de la mano hasta su casa. La primera vez que ella puso un pie en el piso de la calle Kungsgatan.

Unas semanas más tarde dejó caer el nombre de Dick. Su exnovio, un idiota sin remedio.

Había quedado con Nils en su casa después del trabajo, y ella se había presentado un tanto desanimada y distraída. Él se percató de que algo no iba bien, desde luego, pero ella no quería hablar del tema, no quería que se viera involucrado. Mantuvo su postura hasta que presintió que en breve él ya no le preguntaría nada más, que haría lo que ella le estaba pidiendo y se olvidaría del tema.

Entonces se lo contó todo, como a regañadientes.

Para cuando hubo terminado ya se había hecho de noche.

Fue así como Nils supo todo lo que había que saber sobre cómo ella y Dick se habían conocido, en una época en la que ella era muy joven y tonta, cuando le había parecido emocionante participar de los planes ambiciosos e irreales de Dick, sus alocadas travesuras, su estilo de vida despreocupado. Pero debajo de esa apariencia desenfadada y carismática se escondía una faceta oscura y controladora. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, ella le había contado que al cabo de unos años se había quedado embarazada, que Dick no

quería tener hijos bajo ningún concepto, que la había obligado a elegir entre él y el bebé, y que apenas unos meses después de abortar la había abandonado de todos modos. Nils la había abrazado en el sofá mientras la escuchaba, ella se había enjugado las lágrimas, se había dejado consolar. Le había dado unas vueltas a cómo continuar a partir de ahí, pero él se lo había facilitado a base de preguntarle por qué estaba pensando en Dick justo ese día, en ese momento.

¿Había pasado algo? ¿Se había puesto en contacto con ella?

Sí, algo había pasado. Sí, se había puesto en contacto.

Hacía unos años que él había vuelto a aparecer en su vida, le explicó Angelica. Dick había empezado a cortejarla otra vez. Le había dicho que la extrañaba, que lamentaba la manera en que la había tratado, que se había dado cuenta de lo mal que se había comportado. Había madurado y se preguntaba si podían volver a estar juntos. Le había insistido y suplicado. Y ella había cedido. Se había creído que él realmente había cambiado. Que le brindaría la seguridad que ella buscaba.

La cosa había empezado bien, a los seis meses habían decidido irse a vivir juntos, se habían comprado un piso en Göttemburgo. Pero al cabo de unos meses volvió a asomar la cara celosa y controladora de Dick. Esta vez se había vuelto violento. Ella había logrado sacar fuerzas de alguna parte para liberarse. Después de aquello era materialmente imposible que él fuera a recuperarla, dijera lo que le dijera, le prometiera lo que le prometiera. Había terminado con Dick. Pero él no había terminado con ella, ni muchísimo menos. A intervalos regulares la llamaba, le exigía, la amenazaba, la presionaba, hacía cuanto podía para ponerle las cosas difíciles y fastidiar-

la. Ahora era por algo del piso de Gotemburgo y la hipoteca, no lo tenía del todo claro, le había colgado el teléfono en cuanto él se había puesto a dar berridos. Ella lo había bloqueado, pero Dick ya había conseguido colarse bajo su piel.

Por eso se había presentado en casa de Nils tan alicaída, pese a tener motivos de sobra para sentirse feliz. Con su vida. Con él.

Aquella noche se acostaron por primera vez. Después, ella estuvo llorando entre sus brazos. Le dijo lo contenta y agradecida que se sentía de haberlo conocido. Él conseguía que se sintiera tan segura, tan cuidada...

—Me gusta cuidar de ti —le susurró él, y le acarició el pelo con delicadeza. Ella lo abrazó en silencio, era justo lo que había esperado oír.

Las semanas siguientes se podría decir que se fue a vivir con él. Iba más a menudo, se quedaba más tiempo, se llevó una muda o dos, él le cedió un estante, un cajón, sitio en el armario. A la exmujer no la había visto ni oído, la hija sabía de la existencia de Angelica, pero no parecía tener ningún problema con que su padre hubiese conocido a otra mujer. No es que tuvieran un contacto muy estrecho, precisamente. Nils y su hija se llamaban cada quince días, en el mejor de los casos. Durante el tiempo que Angelica había estado en el piso, la hija no les había hecho ninguna visita, pese a vivir en la ciudad de Helsingborg, a menos de dos horas de allí.

Angelica dio los últimos pasos hasta el portal. Ahora no le quedaba más remedio que borrar la sonrisa de satisfacción. Debía sustituirla por la preocupación y la angustia. Había llegado el momento de dar el siguiente paso. Hoy Dick había logrado comunicarse otra vez con ella. La había amenazado con ir a la policía y llamar a la Agencia Tribu-

taria y no sabía qué más. No había logrado entender todo lo que él le había dicho, pero Dick pensaba vender el departamento de Gotemburgo y le reclamaba dinero.

Tenía que subir a la casa alterada, desgarrada, entre lágrimas, necesitada del consuelo que solo Nils podía darle. Y que le iba a dar. Pero no podría hallar la paz. Esta noche no. Dick le pedía doscientas treinta y cinco mil coronas. Eso era mucho mucho mucho dinero. ¿De dónde iba a sacarlo?

Hasta ahí podía planear, luego tendría que improvisar sobre la marcha. En el mejor de los casos, Nils se ofrecería al instante y por voluntad propia a prestarle el dinero, sin cuestionar nada ni hacer ninguna comprobación. Lo más probable era que le propusiera ayuda jurídica, quizá incluso poner una denuncia. Si era el caso, ella tendría que escurrir el bulto, actuar sin prisa pero sin pausa y, con cuidado, sembrar la idea de que Nils podría ayudarla a ser libre de una vez por todas. Su paladín del corcel blanco. Un préstamo. Una suma que para él era perfectamente asumible, mientras que para ella era decisiva.

Al menos hasta que surgiera el siguiente problema y necesitara más.

Metió la llave en el portal y cerró los ojos, notó las lágrimas brotando en sus ojos. Joder, qué buena era.

La práctica hace al maestro.

Cuando volvió a abrir los ojos, le quedaban ocho décimas de segundo de vida. Solamente. La bala viajó a una velocidad de casi ochocientos metros por segundo al abandonar la boca del cañón del rifle. Más del doble de rápido que el sonido, por lo que Angelica no tuvo ni tiempo de oír el petardazo sordo antes de recibir un disparo en la sien y caer muerta en su querida calle Kungsgatan.

Kerstin Neuman
~~Bernt Andersson~~
~~Angelica Carlsson~~
Philip Bergström
Aakif Haddad
Lars Johansson
Ivan Botkin
Annie Linderberg
Peter Zetterberg
Milena Kovacs